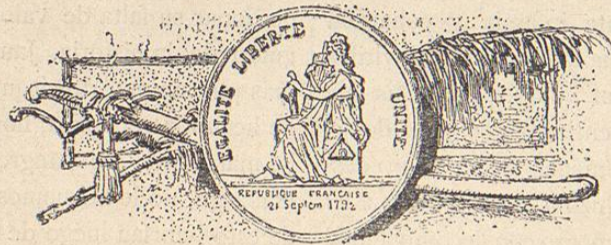


Couthon, que se opondría con todas sus fuerzas á toda tentativa contraria á la soberanía nacional, y esto dijo y propuso Couthon para que se alejara de todos la sospecha de querer Robespierre, su amigo, constituir un triunvirato con Danton y Marat. Esto hecho, la Asamblea, á petición del obispo Gregoire,

decretó abolida la monarquía en Francia, y que en lo sucesivo todos los documentos públicos se contasen del año I de la República francesa.

Al otro día se recibía en París la noticia de la gloriosa batalla de Valmy. Saludo del ejército que tenía ya una bandera para marchar contra el enemigo.



CAPITULO XVII

GUERRA DE LA REVOLUCIÓN

Ilusiones de los emigrados.—Bouillé.—Indiferencia que inspiran.—Ordena el rey de Prusia que continúe el avance.—Dumouriez y Dillon ante el enemigo.—Envíales Servan á Beurnonville, Duval y Kellermann.—Pasan los aliados los desfiladeros de la Argonne.—Terror pánico del ejército francés.—Beurnonville es arrastrado por la desbandada.—Reconcéntrase el ejército francés en Sainte-Menehould.—Amenázales Brunswick.—Aparece Kellermann en Valmy.—Su comprometida situación.—Es acometido.—El cañoneo de Valmy.—Consecuencias de este combate.—Proféticas palabras de Goethe.—Abre Dumouriez negociaciones para la paz con el rey de Prusia.—Apóyalas Brunswick.—Condiciones del rey de Prusia.—Recibe Dumouriez la noticia de haberse proclamado la República: persiste en sus propósitos: cómo se le debe juzgar.—Divúlganse las negociaciones.—Servan y Danton las prosiguen.—Rómpense las negociaciones por consejo de Luchessini.—Nuevo manifiesto de Brunswick.—Entrada de Custine en las provincias alemanas del Rin.—Se apodera de Spira.—30 de Setiembre de 1792.—Neuwinger entra en Worms.—Apodérase Custine de Maguncia: 20 de Octubre.—Entra Neuwinger en Francfort.—Marcha adelante.—Se le oponen los hessenses.—Paralízase el movimiento de avance.—Agitación patriótica y terror pánico de los alemanes.—Ilusiones que producen estos triunfos en París.—Dumouriez y Kellermann piden la paz general.—Cortos alcances políticos de Kellermann.—Retírase el ejército prusiano de la Champaña.—Cómo se engañaba á Westermann.—Todos los generales negocian la paz.—Dumouriez marcha á París.—Entéranse los austríacos de las negociaciones gracias á la simplicidad de Kellermann.—Retíranse los austríacos á Bélgica.—Brunswick abandona á Verdun.—Retíranse los hessenses á Alemania para oponerse á Custine.—Recuperan los franceses á Longwy: 22 de Octubre.—Cambio de política en Viena.—Renúévase la cuestión de Anspach-Bayreuth.—Prohibe Dumouriez á sus generales que tengan trato alguno con el enemigo.—El general Valence y Luchessini.—Formaliza Prusia su política ante Austria.—El partido francés y los agentes franceses en Italia.—Los agentes franceses en Saboya y Ginebra.—Barthelemy en Berna y Zurich.—Montesquiou y el príncipe alemán Enrique de Hesse.—Entra Montesquiou en Saboya.—Preparativos de defensa en Ginebra.—Anselme entra en Niza.—Cuestiones entre Montesquiou y Anselme.—Niégase Montesquiou á obedecer al gobierno.—Se pasa á Ginebra.—Resultados de la campaña.



A hemos dicho que los aliados penetraban en Francia confiados en un alzamiento popular, y justo es decir, que este alzamiento lo esperaban de buena fe gran parte de los emigrados y sus jefes más autorizados. Bouillé, un hombre serio, repetía con toda seguridad á cuantos querían oírsele que él respondía de la toma de las fortalezas, pues, decía, tengo de ellas las llaves en el bolsillo, y si se descuidó las de Thionville, Longwy y Verdun prueban que no era Bouillé un pe-

tulante. Pero si las fortalezas y las plazas fuertes se rendían con facilidad, lo que es el alzamiento popular esto ya era otra cosa. Fuera de unos cuantos ultras que daban rienda suelta á sus pasiones en las ciudades que se conquistaban, nadie se movía, ni nadie, aún de los que más simpatizaban, mostraban el menor interés, por los restauradores del trono. Todo el mundo recelaba del extranjero. Esto fué lo que indujo á Brunswick á declarar al rey de Prusia que seguía el ejército, que no quería ir más allá de

Verdun, y esta quietud que Federico Guillermo tomaba como respetuosa y confiada sumisión era lo que le impelía á marchar adelante, convencido de que tomada Verdun no había ya quien pudiera detenerle hasta París.

Brunswick obrando más como cortesano que como general en jefe de un ejército, resolvió obedecer y proseguir su avance sobre París, no sin mostrar una viva inquietud por los movimientos de Kellermann sobre su flanco izquierdo, ni por lo que se decía de un cuerpo de ejército que avanzaba para operar á espaldas de los aliados. Pero como le era imposible obtener noticias precisas acerca de estos movimientos, porque el vacío se hacía á su alrededor lo mismo por los patriotas que por los prudentes partidarios del antiguo régimen, Brunswick tuvo que resolverse á marchar á la ventura, tomando por única precaución la de reforzar cuanto pudo su ejército, incorporándole, parte de las tropas que sitiaban á Thionville, los hessenses y los emigrados, poniéndose en movimiento para la Argonne el 10 de Setiembre.

Dumouriez pudo ocupar los pasos de la Argonne con sólo sostener su segundo, el general conde Dillon, hermano del que había sido asesinado por sus tropas en la primera y desgraciada tentativa contra Bélgica, un combate de vanguardia con Clerfayt que temió comprometerse en un ataque decisivo. Aprovechó el general francés hábilmente el tiempo que le concedieron las vacilaciones y temores de Brunswick para fortificar su posición, fuerte ya por naturaleza. Pero Dumouriez y Dillon, aún contando con los refuerzos que todos los días le llegaban de París no tenían más que 26.000 hombres. Servan que estaba convencido de que Dumouriez podría resistir hasta ser convenientemente reforzado, dirigió sobre la Argonne al general Beurnonville con 11.000 hombres de los campos de Maulde y de Maubege; al general Duval con un cuerpo de 5.000 hombres, sacado de varias guarniciones de la vecindad y que pronto se elevó á 10.000 hombres y que ocupó el desfiladero llamado de la Chêne-Populeux, y en fin á Kellermann que llevaba cerca de 24.000 hombres, de ellos 4.900 de caballería, y á quien se dieron 4.000 hombres del cuerpo de Custine que era el que había de lanzarse sobre el Rhin y operar á espaldas de los aliados. En suma, si todos los generales acudían á tiempo, Servan contaba que Dumouriez tendría unos 70.000 hombres á sus órdenes cuando fuera atacado, esto sin contar con que cada día salían refuerzos de patriotas de París. Dumouriez al saber las fuerzas de que iba á dispo-

ner no cabía en sí de entusiasmo, y mientras Servan se jactaba de que podría perder 100.000 hombres, pero que en este caso no quedarían alemanes para contar lo sucedido en su patria, Dumouriez le escribía á Kellermann que se apresurase, pues si el rey de Prusia pasaba la Argonne, como él creía por su flanco izquierdo, mientras tendría Brunswick á sus espaldas á Kellermann y á su frente á los parisienses, sólo un milagro podría salvar á los aliados.

Pero los refuerzos no llegaron todos tan á tiempo que se pudieran cerrar todos los desfiladeros, así al emprender la marcha, fueron aquellas termópilas tomadas casi sin resistencia, pues sólo el general Chazot se batió el 13 contra Cherfayt con ventaja con sus seis batallones, pero para ser batido al día siguiente.

Dumouriez quedaba poco menos que encerrado sino procuraba escapar á toda prisa de sus posiciones, y esto hizo en una rápida marcha de noche, dirigiéndose hacia el Sud para facilitar su reunión con Kellermann y Beurnonville de quienes sabía que estaba sólo á dos días de marcha. Pero al amanecer el príncipe de Hohenlohe que mandaba la vanguardia prusiana cargó con 1.500 húsares la retaguardia de Dumouriez y á su vez el cuerpo de Chazot que por Sainte-Menehould marchaba por reunirse á Dumouriez, y es bien seguro que de contar el príncipe con un cuerpo de infantería acaba con el ejército republicano, pues inspiró á éste un terror pánico que, en poco tiempo, según confesión de Dumouriez 10.000 tomaron la desbandada. Y como esto vió Beurnonville se asustó á su vez y sus tropas participaron del espanto general.

Abierta la Champaña á los aliados, el rey de Prusia quería continuar avanzando á marchas forzadas, pero Brunswick como hombre experimentado no daba importancia alguna á su triunfo. Aquellas tropas que con tanta facilidad corrían porque aún no habían recibido su bautismo de fuego, podían ser tan ágiles para retroceder como avanzar, y Brunswick se veía aislado en medio de la Champaña, sin base de operaciones, y sin ejército alguno que pudiera asegurarle ni el abatimiento del ejército ni su retirada. Abastecer su ejército y ver si podía separar á los franceses de sus almacenes para rendirlos sin efusión de sangre, tal era el plan de Brunswick que con seguridad iba realizando, cuando el rey de Prusia, engañado por noticias falsas que le aseguraban que los franceses se retiraban á Chalons, dió orden de que abandonase la montaña y se descendiera á la llanura, y no por el flanco, sino para

caer á espaldas del ejército francés. Operóse este movimiento con el mayor entusiasmo, que sólo se calmó al ver que los franceses no se habían movido de las posiciones que Dumouriez había tomado para reorganizar su ejército, esto es, de las alturas que protegen á Sainte-Menehould.

Dumouriez se vió reforzado ya el día 18 por la tarde por Beurnonville, quien llevaba además un refuerzo de siete batallones de voluntarios, y el 19 llegaba Kellermann por el lado opuesto con diez y ocho mil hombres, de modo que Dumouriez reunía 58.000 hombres que le daban gran superioridad á los aliados, pues Brunswick tuvo que dejar atrás al general prusiano Kalkreuth para que cubriese sus comunicaciones, y Clerfayt y los emigrados no se le unieron hasta la tarde del 20.

Kellermann, á causa de una mala inteligencia vino á establecerse con su cuerpo de ejército en los molinos de Valmy en donde no podía desplegar sus tropas y en donde corría peligro de ser aniquilado. Comprendieron esto los prusianos y atacaron con denuedo, pero Kellermann, poniéndose al frente de sus soldados que ya flaqueaban y levantando en lo alto de su sable su sombrero con su penacho tricolor para que sus gentes le vieran resistir el ataque, mantuvo su posición, y gracias á su artillería que sostuvo un rudo fuego con los prusianos, pudo salir del atolladero y reunirse con Dumouriez, tal fué la famosa batalla de Valmy que tan grandes consecuencias tuvo.

En efecto, «la jornada del 20,—dice Sybel,—sólo había costado á los contendientes de uno y otro lado unos doscientos hombres, pero produjo á una y otra parte una gran impresión. Entre los franceses, los jóvenes soldados se jactaban de haber resistido á los guerreros de Federico II; ellos que, aún tanto vacilaban, y tan dispuestos estaban á los terrores pánicos, y tanto desconfiaban de sí mismos y de sus jefes; así estaban llenos de satisfacción y de contento. Por lo contrario, entre los prusianos el abatimiento era profundo. «No hemos triunfado, luego hemos sido vencidos,» decía el viejo general de húsares Wolfradt. «¿Por qué hemos venido aquí, si no es para batirnos?» Goethe, que acompañaba al duque de Weimar, durante esta campaña, por la noche, estando al rededor del vivac con varios oficiales y amigos tan descontentos y afligidos como él, como se le instara para que dijera algo que les animase, respondió con esas graves palabras: *Hoy ha principiado una era nueva para el mundo, y podréis decir que vosotros la habréis visto abrir.*»

Aquí se abre un período cuya primera fase será objeto de interminables disputas. Cuando el combate del 20, el general Leveneur, habiendo conseguido rodear las posesiones de los prusianos cargó inopinadamente sobre sus bagajes, resultando allí la mayor confusión, de la que se supo aprovechar hábilmente, y entre los prisioneros que hizo, lo fué Lombard, secretario del rey de Prusia, éste pidió su libertad y al día siguiente se la dió Dumouriez, con una corta Memoria para el rey de Prusia en la que el general francés le decía que la prolongación de la guerra no hacía más que agravar la situación de Luís XVI sin satisfacer la ambición de los príncipes franceses, y como no comprendía que interés podía tener Prusia en batirse por Austria, Dumouriez le proponía un acomodamiento. Brunswick apoyó las proposiciones de Dumouriez, y Manstein, coronel ayudante del rey, el rival de Brunswick en lo militar y de Bischoffswerder en lo diplomático, apoyó también las negociaciones, que por su parte quiso también abrir el austriaco Hohenlohe sin lograr que Dumouriez le hiciera caso, pues éste siempre había querido la paz con Prusia y la guerra con Austria. En fin, Dumouriez pidió al rey de Prusia por medio de Westermann, el hombre de acción de Danton, una entrevista señalando al efecto á Dampierre como punto de reunión. Consintiólo el rey y el día 23 de Setiembre se reunieron los dos generales franceses con Manstein que les traía las siguientes bases de concordia. Por la primera se decía que el rey de Prusia y sus aliados querían tratar de la paz directamente con Luís XVI, sin que esto implicase en nada el restablecimiento del antiguo régimen. Por la segunda se manifestaba el deseo de que los franceses se abstuvieran de toda propaganda revolucionaria, y por la tercera, pedían ante todo y por encima de todo la libertad de Luís XVI.

«Estas negociaciones se abrieron como luego dijo Dumouriez para mejorar su situación militar ó realmente con un fin político particular? Esto es lo que se discutirá siempre. Entabladas ya las negociaciones, celebrada ya la entrevista con Manstein recibió Dumouriez la noticia de haberse proclamado la República; esto anulaba todo lo que el rey de Prusia había propuesto, y sin embargo Dumouriez persistía en su propósito, si bien escribía á Servan diciéndole que sólo lo haría hasta tanto que hubiese su situación militar mejorado, y esto entendía conseguirlo desde el momento en que pudiera disponer de setenta mil hombres, lo que de un momento á otro iba á conseguir. Pero estas negociaciones se traslu-